

# EL MUNDO PINTORESCO,

ILUSTRACION ESPAÑOLA.

ESTE PERIÓDICO REGALA Á SUS SUSCRITORES DE AÑO EL IMPORTE DE LA SUSCRICION EN MAGNÍFICAS LÁMINAS Y RETRATOS.



## PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID..... Un mes, 8 rs.—Tres meses, 20.—Seis meses, 40.—Un año 80.  
EN PROVINCIAS..... Un mes (franco de porte) 10 rs.—Tres meses, 24.—Seis meses, 48.—Un año, 96.  
EN EL ESTRANJERO: Un año 120.—EN ULTRAMAR: Un año, 160.

AÑO 3.º

N.º 42.—14 Octubre 1860.

Este periódico sale todos los domingos.

Se suscribe en Madrid en el establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martínez, calle del Arco de Santa María, n. 7.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente á la administracion libranza de fácil cobro ó sellos del franqueo. Un número suelto, 3 rs. vn.

## SUMARIO.

Revista de Madrid, por don Juan A. Loren y la Hoz.—Emigraciones al Perú.—Canto del poeta, (poesía), por don Guillermo Matia.—La capilla espiatoria, por don Antonio G. del Canto. (continuacion.)—Napoleon y la comedia francesa en santa Elena; por don A. Vinageras.—La estatua de doña Inés, por F.—Childe-Waters, (bailada inglesa.)—Las hadas y sus hechizos: cuentos alemanes por Hans Christian Andersen (historia sexta y sétima y última.)—Variedades, por don V. Joaquín Bastús.—Epigrama, por don J. García de la Foz.—Advertencia.

LÁMINAS. Una emigracion.—El emperador de Austria.—El castillo de Foix. (Francia.)—La Virgen y el Niño.

## REVISTA DE MADRID.

El tintero.—El sol del Rastro.—La Exposicion de Bellas Artes.—Cuadros.—La virtud y el vicio.—Los teatros.—Los artistas.—Buenas noches.

Sr. D. R. R. de Mendoza.—Mi querido amigo: Resumir en poco espacio los acontecimientos que se suceden en Madrid en una quincena de invierno es empresa tan árdua como hacer una historia universal, porque cada día necesitaba una revista y á las veces cada hora.

Mil cosas diversas se agolpan en tropel á mi imaginacion, y me sucede lo que á Sancho Panza con los refranes que se le venian á la boca de tres en tres, disputando entre sí cuál habia de salir primero.

Allá van, pues, salgan como salieren, aunque alguna se quede en el tintero.

Y propósito del señor tintero, si no hubiera tanta abundancia de materiales, como dicen los periódicos políticos por aparentar lo que no hay, habia yo de hacer aquí un paréntesis gigante sobre este señor, foco del saber, padre de la inspiracion, agente de las grandes ideas, núcleo de la poesía, etc., etc.



Una emigracion.

Pero menos espuma y vamos á la cerveza, y esta frase es un modismo que me creo con derecho á introducir en reemplazo del de *me nos paga y vamos al grano*, que se presta á consecuencias terribles y es mucho mas rústico.

En esta quincena, ¿quién no consagra un recuerdo á las ferias de Madrid, que ya pertenecen á la historia?

Dentro de cien años, ¿quién sabrá lo que Madrid era en la época de nuestra juventud?

Solo los eruditos. Afortunadamente para ellos, el señor de Mesonero Romanos les lega en su panorama Matritense una fotografía preciosa en que podrán enterarse á su sabor.

Allí deja consignado que la feria de Madrid que empieza el 21 de setiembre, fué concedida por privilegio del rey don Juan II, en 8 de abril de 1447, y que esta feria que llega hasta el día de San Miguel y otra que empezaba en el mismo y duraba quince días, se reunieron en una que concluye el 4 de octubre, y hé aquí sin duda la razon de que aun hoy se diga en Madrid las ferias en plural, como que realmente eran dos.

Pero ¡oh vergüenza! yo que me atrevo á trasladar á V. este párrafo en que se hace constar cuando tuvieron principio, no me acuerdo de cuando tuvieron fin las verdaderas ferias, porque las de hoy solo son un reflejo de aquellas, en que alumbraba el sol del Rastro.

Está visto que no sirvo para erudito.

Mas aunque no recuerdo la fecha, nunca olvidaré el espectáculo que Madrid ofrecia en tal época. ¡Qué plaza del Progreso! ¡qué calle de Alcalá! ¡qué plazuela del Angel! ¡qué Madrid! Libros, camas, trages, máscaras, cuadros, escopetas, herramientas, muebles del tiempo del mismo don Juan II, que desde entonces venian saliendo anualmente á

¡Y que haya quien sostenga que los negros son inferiores en dotes intelectuales á los blancos! Que se las pongan todos los blancos del mundo con este negro y se quedarán tamiñitos.

za del Progreso! ¡qué calle de Alcalá! ¡qué plazuela del Angel! ¡qué Madrid! Libros, camas, trages, máscaras, cuadros, escopetas, herramientas, muebles del tiempo del mismo don Juan II, que desde entonces venian saliendo anualmente á



luz, todo se ponía de manifiesto revuelto y en desorden. Así como las casas tienen su (escepto las de huéspedes) día de limpieza en que todo está fuera de su lugar sirviendo de estorbo, Madrid tenía su época de revolución en que cada uno encontraba recreo y distracción.

¡Ah Madrid, Madrid, cómo vas perdiendo tu carácter! No te conozco. Solo te se vé de frac, y de cumplido: ya no nos permites contemplar estas interioridades domésticas. Eres un padre ingrato.

Pero una vez que se han acabado las ferias dejémoslas en paz y hablemos, no de lo que acabó, sino de lo que ha empezado.

¿Ha visto V. la exposición de Bellas Artes? Todos convienen en que es magnífica, y como la entrada es gratis todos los días se llena el local de admiradores.

Efectivamente, hay cuadros notabilísimos, y los hay no solo al óleo y á la aguada, sino animados entre los concurrentes.

Es de ver allí cómo emite cada cual su autorizada opinión: unos quisieran mas *entonación*, otros un *fondo* mas claro, estos no se satisfacen del *claro oscuro*, aquellos hallan defectos en la *composición*, todos hablan, todos entienden, todos son aficionados, artistas.

A juzgar por la apariencia y por la afición que el público manifiesta, no hay pueblo mas artista que el de Madrid.

Pero pregúntese á esos jóvenes que han espuesto cuadros este y otros años, si se acerca alguien á comprarles alguno, y contestarán negativamente. Esceptuada alguna real persona, no hay un banquero, no hay un grande de España que premie y aliente los afanes de esa juventud que honra su patria.

Al gobierno y solo al gobierno, le cabe la honra y la gloria de que en España se pinten cuadros como el del señor Gisbert, que todos admiran, y todos convienen, especialmente los inteligentes y demás artistas, en que es admirable y que no se ha pintado igual hace mucho tiempo: pues aunque S. M. la reina la protege tambien, decididamente los que disfrutan esa protección no saben corresponder á ella y por su impotencia, asuntos que por sí solos pasarán á la posteridad, los ejecutan tan desgraciadamente que la posteridad si por ellos nos juzgara se reiría de nosotros.

He visto la exposición solo un día: ya la veré mas despacio y daré á V. en carta especial cuenta y parecer, escuchando antes otros muy autorizados, de los cuadros mas principales: en general es buena, llamando la atención especialmente el cuadro ya indicado de los Comuneros, del señor Gisbert; el de Fernando IV el Emplazado, del señor Casado; el del señor Esquivel que representa la vuelta del asistente de un oficial muerto en Africa, que llega por primera vez despues de este suceso á casa de aquel con el equipaje de su amo; los paisajes del señor Haes y otros que no recuerdo.

De teatros contaré á V. como preámbulo el diálogo que oí noches atrás en el Príncipe, en el que un pollo intrépido, aunque dijo algun grave error en punto á sociedad, habló como un libro en punto á literatura.

—¿Qué cree V., amigo mio, hablando ingenuamente, que se necesita para tener reputación como autor dramático? decía el pollo.

—En primer lugar, contestó el amigo, conocer la escena y el público, tener buen talento, esquisita sensibilidad, mucha penetración para estudiar y comprender el corazón humano, profundo conocimiento del idioma, virtudes morales, y haber estudiado nuestro teatro antiguo.

—Ta, ta, ta; dijo sonriendo el de la preguntita, le voy á probar á V. lo contrario: las dos terceras partes de los jóvenes que son reputados de buenos autores dramáticos no saben una palotada, ni del habla, ni del teatro; carecen absolutamente, salva alguna que otra honrosa escepcion, de virtudes morales; no saben del corazón, sino que está á la parte izquierda del pecho; no penetran mas que los cafés y las casas de *cucas*; no sienten mas que la carencia de dinero; no conocen de la escena mas que las actrices, y del público mas que sus amigos, y en vez de tener talento, solo tienen ese término medio, que hay entre él y la imbecilidad, que se llama chispa, que muchas veces es primo hermano de la otra chispa que el vino produce, porque hay quien se embriaga con hablar solamente, y esta clase de embriaguez tiene tantos peligros como la otra, porque hablando se dicen inconveniencias, se crean enemigos y se provocan lances.

—Ya ve V. como no es necesaria ninguna de las circunstancias que V. cree. ¿V. sabe francés?

—Sí, no he podido resistir la manía de estudiar ese idioma extranjero sin saber el nuestro.

—Pues V. puede ser un buen autor dramático.

—¿Cómo?

—Muy sencillo: cuando cualquier amigo de V. vaya á París, se le encarga que traiga á su vuelta novelas, comedias, dramas y tragedias, las coge V. á granel, y esta quiero, esta no quiero, aquella que mas le guste á V. por el título, se arregla en prosa, muy prosa, se dá al teatro y punto concluido.

—¡Buen arreglo haría yo!

—Cuanto mas desarreglada sea, mejor.

—Pero por Dios, tendría que leerlas todas para elegir la mejor, no por el título como V. dice.

—Pero viene ahora al mundo vuesa mercé, como diría Sancho, que no sabe que todos los días se traducen comedias y dramas pésimos del peor gusto? Con buena me sale; no sino hacedos de miel y os comerán las moscas. Si tuviera V. la desgracia de hacer un buen arreglo de una buena comedia, es posible que no gustase, porque irle á hablar al público de lo bueno, despues de estar tan aficionado á lo malo, gracias á sus malos amigos, es como hablar de virtudes á los viciosos mas desenfundados.

—Pues bueno; doy por supuesto que así sin mas ni mas arreglo yo una comedia. ¿Quién me la querrá representar?

—En siendo traducción, Romea, Arjona, Delgado, todos á porfía.

—Bueno; y aun así nunca seré sino un traductor bueno ó malo.

—Es verdad, pero si V. no es cándido, despues de ser amigo de los actores para que pongan en escena sus obras, hace V. otro arreglo y le dá V. como original.

—Eso sería un robo.

—Cá, en literatura no hay robos y lo que es de España es de los españoles, y lo que es de los franceses es de los españoles tambien.

—¡Qué horror! ¿De veras?

—Lo que V. oye.

—Pero aunque así sea, no veo muy racional que me llame V. cándido porque rechace lo que creo robo.

—Le he dicho á V. cándido por educación; debería haber dicho tonto.

—¡Cómo! ¿Es tontería la honradez?

—Creo que acaba V. de caer del cielo. ¿Quién lo duda?

—Yo no lo dudo, creo lo contrario.

—Pues es V. un infeliz: en el día cada cosa será lo que sea, pero al vicio se le llama virtud y á la virtud vicio; el mundo está patas arriba. Y sino V. mismo verá muchos que han ocupado cargos públicos ó han quebrado en la apariencia que viven con el resultado de sus robos en el fausto y la opulencia, y se dice de ellos: «ese lo entiende», y verá V. otros que al contrario los han ejercido con honradez ó han sido víctimas de una desgracia, y se dice de ellos: «ese es un tonto.»

—Eso lo dirá quien lo diga.

—No se oye otra cosa.

—En el círculo en que V. se agite podrá ser, pero esa es la minoría, gentes estraviadas; tambien entre los criminales el que ha hecho mas robos ó asesinatos es el mas considerado; pero eso, amigo mio, es en esa esfera, como eso otro lo es en esa otra, con la que por desgracia parece que está V. en contacto; pero la sociedad en general respeta y acoge la virtud y censura y rechaza el vicio, sino no existiría.

—Es...

—Basta, si insiste V. en ese parecer le retiro á V. mi amistad; no vea V. las cosas superficialmente, mírelas V. á fondo, y comprenderá que es imposible. Es cuestión de buen criterio.

—¿Qué le parece á V., Mendoza?

El viejo tiene razón y el pollo tambien; aquel en la última cuestión, este en la primera.

Le he copiado á V. este diálogo porque los teatros están tan importunos y fastidiosos, que no se les puede sufrir y me fastidia hablar de ellos.

Díre, por decir algo, lo que todos reconocen, que las empresas no aciertan á complacer al público. Ya es noticia añeja que el señor Arjona con una sociedad de actores muy humildes esceptuando la señora Rodríguez y el señor Tamayo, abrió el de Variedades con un *camino* que se llama *de la gloria* y debiera llamarse del fastidio; que este drama así llamado, está escrito con un desorden de feria es igualmente antiguo; que el señor Arjona se acoja al *Traperero de Madrid*, para llevar al teatro alguna gente tampoco es nuevo. En el Circo se ha ejecutado *Campanone*, zarzuela de un cómico subidísimo sin pies ni cabeza, ni principio ni fin, que lo mismo podría comenzar por el tercer acto que por el primero ó por el segundo; pero que tiene una música muy agradable y linda, y gusta al público que es lo esencial, y han hecho tambien *La pupila* y *Cuando Dios no quiere ninguno se muere*: se presentó el señor Miró, que es un músico consumado, que canta en falsete con gusto en la primera y la segunda tuvo que hacer el papel de Caltañazor á que el público es tan aficionado, por cuya circunstancia y por la de ser autor de la música de *La pupila*, se presentó con temor. El pasillo del señor Serra *Cuando Dios no quiere...* se hace mejor en el otro teatro.

En el Príncipe se ha puesto en escena un arreglo, que no me esplico, por qué se traduce siquiera. Aunque soy enemigo de las traducciones, comprendo las de obras notables; pero lo demás es un absurdo. Para malo y mediano, hay obras originales cuantas sean necesarias.

Por otra parte, el que traduce una obra mediana ó el que hace una mala traducción, es mucho mas digno de censura que un autor.

Se ha hecho tambien una comedia del señor Santisteban titulada *La torre de Babel*, notablemente bien versificada y con un carácter muy bien entencido y delineado, del cual ha sacado el autor muy buen partido.

La pieza *Bodas ocultas* hace reír.

En la Zarzuela se ha vuelto á poner en escena *Mis dos mugeres*, que está bien ejecutada.

Se estrenó tambien una zarzuela en un acto, *Tal para cual*, con versos deliciosos, y que revelan en su autor un gusto poético esquisito.

De la ejecución de todas las obras enumeradas solo diré á V., que el señor Casañer, en el Príncipe, aunque tiene muy buenas facultades, no debe ya creerse un buen actor, porque le falta estudio. En *La torre de Babel* no ha estado como podía estar. La señora Rodríguez, en Variedades, en aquel *camino* fatal, andaba cogeando artísticamente: es verdad que ella y el señor Arjona, los dos personajes principales, eran dos pegotes sin objeto ni interés. ¿Qué le movería al señor Arjona á poner en escena obra tan diabólica é inocente?

En el Circo no hay mas artista que llene las condiciones de tal, que la señora Santamaria; aunque la señorita Murillo sepa decir un ¡ay! que se lleva el corazón y vale mas que cuanto hay.

Este teatro es con relacion á la Zarzuela, lo que la Zarzuela con relacion al Real.

A propósito de la Zarzuela, la señorita Ramos es una actriz encantadora y de mucho talento.

Y á propósito del Real, el público le ha favorecido grandemente en la ejecución de *Las Visperas* y *La Sonámbula*.

Y por último, yo de tanto escribir estoy sonámbulo, y voyme al lecho. Buenas noches.

JUAN A. LOREN Y LA HOZ.

## EMIGRACIONES AL PERÚ.

Las emigraciones son una lepra casi incurable de la sociedad española. Todos los tesoros que Cuba y Méjico y el Perú nos han tributado, no valen la mitad de las lágrimas que á la madre patria cuestan. Hoy ha tomado un aspecto muy diferente la emigración de los españoles; hoy no van ya solo los aventureros á probar fortuna, sino que van los pobres á buscar pan. De aquí ha nacido un comercio horroroso. Los especuladores americanos contratan con aquellos mal llamados gobiernos, cuatro, seis, diez mil trabajadores (esclavos blancos como los llaman allí). Agentes sordidos recorren nuestras provincias del litoral, como en otros tiempos las recorrían los piratas berberiscos, esplotando la credulidad de aquel, la ignorancia de este, el hambre, la ambición, las malas y buenas pasiones, el amor de los padres, el amor de los hijos... ¡Qué horror!

Pero faltan aún las tintas mas horrorosas del cuadro. Aquellas miserables criaturas reciben por vía de estímulo, un socorro, un adelanto usurario que por escritura pública se comprometen á pagar en el Perú con el trabajo de su cuerpo, y son trasladadas á un inmundo barco sin condiciones higiénicas, sin seguridad, donde el que enferma tiene la muerte segura. Desde que salen al mar son verdaderos esclavos, y desde que llegan al Perú verdaderas víctimas. Tres, cuatro años de mortales fatigas, en un clima abrasador, insalubre, bajo el látigo de industriales sin corazón, apenas bastan á cubrir el adelanto que en España se hizo, y entonces enfermos, envejecidos, desanimados, el que no sucumbe en tan tremenda lucha, solo á costa de otros tres ó cuatro años de privaciones y de miserias consigue ahorrar lo necesario para volverse á su país, mas pobre y mas triste que salió. El que muere, ni una lágrima, ni un amigo, ni un recuerdo deja en aquellos ingratos climas.

Ved á esa pobre muger que representa nuestra lámina. Es una viuda vascongada. Su marido, vendedor de cigarrillos, acaba de morir tras una larga enfermedad que ha agotado sus pequeños recursos. Su pobre hijo tiene hambre, pide pan. Su suegra mendiga por las anteiglesias y las ferrierías de sol á sol. Ella, la madre, es bastante joven y bastante hermosa para atreverse á mendigar por los campos. Entonces se presenta un peruano generoso que les dá desde luego mil reales y les ofrece hacer rico en pocos años á aquel hermoso niño. Entonces la voz de la miseria traba en su corazón un desesperado combate con la de la patria... Le siguen: su tristeza revela su dolor. La anciana vierte lágrimas de amargura, porque no volverá á ver aquellas montañas queridas. La joven sonríe con una esperanza triste. El niño juega y arranca las últimas flores de su país natal...

¡Pobre niño! ¡tan hermoso, tan lleno de vida! ¡antes de un año habrá muerto á impulsos de la fiebre amarilla ó de un latigazo bárbaro!

## CANTO DEL POETA (1).

A Guillermo Blest Gana.

¡Salve, aliento inmortal, pura armonía,  
Del cielo digno emblema;  
Creadora, sublime poesía,  
De los mundos magnífica diadema;  
Salve, puro destello  
De la eterna verdad y de lo bello!

¡Salve, verbo de Dios! Tú eres la roca  
Que vida y salud mana.  
Tú eres el ángel que el martirio invoca.  
Tú eres la inteligencia soberana:  
Formas pueblos y reyes  
Y como la justicia, dictas leyes.

Ora en himno grandioso arrebatando  
La mente, te sublimas  
Y á la tierra los cielos trasportando  
Arden los astros en tus blancas cimas;  
Y en orden armonioso  
Les señalas su curso y su reposo.

Fúlgida como el núcleo de un cometa,  
Lúgubre como el llanto  
Iluminas el rostro del profeta,  
Destumbradora y fúnebre en su canto.  
Mandas iras, castigos;  
Y soltando huracanes los mitigas.

Dios habla en el desierto, en la montaña;  
Dios las nubes condensa;  
Habita en el palacio, en la cabaña,  
Y del pueblo de Dios lucha en defensa.  
¡Dios es grande, su nombre  
Murmura el universo, y canta el hombre!

(1) Este bellísimo canto es debido á la elegante pluma de uno de los poetas mas distinguidos de la república de Chile,



¡Después, con el rocío de la aurora  
Tu palabra fecunda!  
Efluvio de la luz reveladora  
Adonde mora el bien su trono funda;  
Y siempre noble y bella  
Se espresa con la luz, suena con ella.

¡Tu armonía es amor, divino anhelo!  
Y tu espresión, grandeza.  
¡Tu pupila de fuego abrasa al cielo  
Y chispea en el arte y la belleza!  
¡Cuanto tocas transformas  
Y esparces tu unidad en varias formas!

¡Salmo del orbe! ¡cántico infinito!  
¡Verbo eterno que inflamas  
El alma! ¡y como fúlgido areolito  
Rasgas tinieblas y esplendor derramas!  
¡Verbo eterno! ¡aparece!  
¡El bien redime; el bien rejuvenece!

El presente al pasado se eslabona;  
Surge una nueva idea;  
El porvenir su escelsitud corona  
Y otras ideas con la nueva crea:  
Así todo se enlaza  
Y borrada una línea otra se traza.

¡Alza la frente, escucha, atiende, mira!  
¿No oyes bajo la tierra  
La voz de un canto que se ensalza y gira,  
Ya voz de bendición, ya voz que aterra?  
¿Y no ves agitarse  
Vagas sombras del ser, y transformarse?

¡Un hálito de vida do quier flota  
Y á todo un alma presta.  
Desde el ave á la estrella mas remota  
Do quier la animación se manifiesta;  
Do quiera el pensamiento,  
La armonía, la luz, el movimiento!

¡Alza la frente! De la imagen bella  
La forma allí circula:  
Perfumes pisa su graciosa huella  
Y creación de luz, en luz ondula.  
Poeta, alza la frente,  
¡La eterna idea es hija de tu mente!

¿No la ves? ¿no la ves? Esa luz pura  
Indica su mirada.  
Ese aliento de mágica frescura  
Es aire de su boca perfumada.  
El valle se ilumina,  
Todo se mueve y en la luz germina.

¡Es Elena, el amor de la belleza  
Creándose á sí mismo;  
Es Beatriz, la fé de la pureza  
La irradiación del puro idealismo;  
Esperanza y deseo  
Del poema de amor que en mi alma leo!

Dulces estrofas de ternura inmensa;  
De inmenso sentimiento,  
Las negras nubes que el dolor condensa  
En el cielo del alto pensamiento,  
Vuestro tacto disipe  
Y esos goces del cielo me anticipe.

¡Difúndense las santas melodías  
De estáticos amores!  
¡Abrense las graciosas poesías  
Vertiendo sonos, exhalando flores!  
Se inunda el universo  
Y un perfume de amor es cada verso.

¡Amor! dice la nube pintoresca  
Que el sol en luz embebe;  
¡Amor! esa montaña gigantesca;  
¡Amor! la roca á la apretada nieve;  
Y el poeta que canta  
¡Himno de amor á la creación levanta!

¡La nota entrelazada, con diversa  
Nota, á aquella responde,  
Y el sonido en manojos se dispersa  
O en el aire perdiéndose se esconde;  
Y vuelve, y conmovida  
Repite solo amor, la nota herida!

¡El poeta es el único! ¡El poeta  
Solamente armoniza  
Con palabras, la música secreta;  
El solo el sentimiento vocaliza;  
Y con su idea interna  
Cambia el ideal de la belleza eterna!

¡Salve, Verbo inmortal, luz increada  
De Dios, fúlgido idioma!  
¡Salve, imagen de Dios transfigurada,  
Astro del cielo, de la tierra aroma!  
Salve, puro destello  
De la eterna verdad y de lo bello.

Eres astro, eres flor, indefinible  
Ser de triple belleza.  
Suspiro para el alma que es sensible;

Consuelo para el llanto y la tristeza  
Y espresión animada,  
Letra voraz del alma apasionada.

Corazón que suspiras y que amas,  
Que pasas largas horas  
Triste, y un nombre misterioso llamas,  
Nombre que lleva la muger que adoras;  
¡Canta! y su nombre sea  
Digna aureola de tu grande idea.

¡Cuando á tu puerta el desgraciado venga,  
Contento siempre salga.  
Nunca el vicio en sus mallas te detenga,  
Valga el poeta lo que el hombre valga,  
Y siendo hijo del arte,  
Hijo de la virtud puedan llamarte!

¡Ama y canta, poeta! La existencia  
Es amor y esperanza,  
Es un sol inmortal la inteligencia.  
¡Cuanto el hombre desea al fin alcanza!  
¡Amigo! ¡al amor puro!  
¡A nuestra alma inmortal! ¡al Dios futuro!

GUILLERMO MATTA.

## LA CAPILLA ESPIATORIA.

POR D. ANTONIO G. DEL CANTO.

(Continuación).

## III.

En mil quinientos treinta y ocho, esto es, hace unos sesenta años poco mas ó menos, existía en la corte del emperador Carlos V el conde de Sandoval, caballero de los mas nobles y valientes de su tiempo. Dedicado desde su juventud á la carrera de las armas, que entonces, como ahora, era la única á que estaban llamados los que debían á la casualidad el nacer de una ilustre familia; educado bajo los principios de que el noble no tenía mas misión en la tierra que defender su religión, su rey y su dama, mirando á todos los hombres que estaban en esfera mas baja que la suya como seres formados de un barro distinto, no había respetado durante su juventud ninguna de las virtudes que adornan á los hombres sometidos desde su infancia á las leyes de una esmerada educación y de una moral dulce y consoladora, siempre que aquellos no fuesen de su misma clase. Así es que su carácter era duro, su genio violento y altanero y tenía una ambición ilimitada. Esto mismo fué causa de que el monarca no hubiese contado casi nunca con él para ninguna de las infinitas empresas que tuvieron lugar durante su reinado. Llenó de rabia y de despecho, se había retirado de la corte y vivía la mayor parte del tiempo en este castillo dedicado á la caza y á otras diversiones propias de su carácter.

A los veinte y un años de edad se había casado en Madrid con doña Elvira de Cienfuegos, cuyo carácter dulce y hermosura incomparable, formaban un contraste muy marcado con el de su esposo; pero dotada de un talento delicado y de una virtud á toda prueba, había logrado suavizar algun tanto las costumbres casi feroces de aquel, adquiridas por su descuidada educación y los hábitos de la guerra.

Doña Elvira tuvo la felicidad de dar á luz una niña tan sumamente hermosa que á los diez y seis años de edad era el encanto de la corte de los dos mundos.

Blanca, que así se llama la niña, fué colocada desde su infancia bajo la dirección de su tía Ernestina, hermana de la condesa, que, habiendo quedado huérfana al casarse Elvira y teniendo cierta repugnancia al matrimonio, se había ido á vivir con su hermana, á pesar de tener un pingüe patrimonio, encargándose con placer de la educación de la hermosa Blanca. Pero joven aun, y de un carácter alegre, servía mas bien de confidente y amiga de su sobrina y no era propósito para dirigir sus fogosas inclinaciones. Así es que Blanca vivía casi á su albedrío y se había acostumbrado á salir con sus menores caprichos.

Llegó por fin á los diez y seis años sin haber pensado mas que en satisfacer sus pueriles deseos, halagada su mente por mil ensueños de felicidad, y apenas fué presentada en la corte se la aclamó por unanimidad la Reina de las bellidades.

El conde, que en sus ambiciosas miras había soñado grandes proyectos de himeneo para su hija, creyó conveniente retirarla del bullicio del mundo á poco tiempo de haber logrado llamar la atención de la nobleza hacia su casa. Quería evitar por este medio que Blanca, cuyas ideas fantásticas conocía, pudiese frustrar sus proyectos, enamorándose de alguno de los infinitos galanes de fortuna que tanto abundan en las cortes que marchan á la cabeza de las naciones.

Pero, por desgracia, no tomó esta determinación tan oportunamente como debía, pues en el poco tiempo que la joven se vió rodeada de galantes y nobles caballeros, había cautivado su corazón la donosura y gallardía del joven don Carlos de Sigüenza, caballero desconocido de la nobleza, pero lleno de osadía y de fortuna con las damas, que se disputaban á porfía su posesión.

El, por su parte, también se sintió arrebatado por el amor de Blanca, y la dió la preferencia entre tanta beldad como codiciaba su amor.

No había faltado ocasión á los dos amantes para poder comunicarse sus sentimientos á pesar de la continua vigilancia del conde, y lo que en un principio había sido solo una im-

presión, un sacudimiento fuerte para sus corazones vehementemente apasionados, se convirtió luego en un inflamado amor que les hacía no ver nada en el mundo fuera de sus dos existencias unidas.

El duque de San Roman, favorito del emperador Carlos V., de carácter astuto, constante en sus empresas y excelente guerrero, había nacido para figurar, tanto en los campos de batalla como entre las intrigas de los palacios.

Para él no había en el mundo ni vicios ni virtudes, pues miraba con la misma indiferencia una acción sublime que un crimen inaudito.

Político consumado había sabido conservarse por espacio de veinte años en el favor del monarca, y se había creado por este medio una brillante y envidiada posición en la corte.

Había dado infinitas cuchilladas en Italia, donde hizo la guerra con Leyva y Pescara, distinguiéndose en la batalla de la Mota que tuvo lugar en 1513, entre españoles y venecianos, alcanzando desde entonces una reputación proverbial de valor y de osadía.

En esta época vió en Milan á la señorita Elisa de Guicci á quien el cielo había prodigado la mas perfecta hermosura. Verla, desearla y señalarla un renglón en el número de sus conquistas, fué obra de pocos momentos, pues poniendo en seguida en práctica sus recursos amorosos, logró que la bella Elisa correspondiese á lo que él llamaba su ardiente pasión. Ya en este estado, y poco tiempo después de sus amores, abusando el libertino guerrero de la debilidad de la hermosa, á quien juró mil veces que se uniría por los sagrados vínculos de himeneo, consiguió satisfacer sus deseos brutales y hacer madre á la desventurada Elisa, la cual para poder ocultar el vergonzoso fruto de sus devaneos, tuvo que darle á luz en una pequeña aldea inmediata á Milan, dejándole en poder de unos compasivos y honrados labradores.

La tierna madre, á pesar de su desesperada situación, pasó en silencio los seis primeros meses de su desgracia, sostenida por las lisonjeras esperanzas de que el fementido seductor cumpliría, según la había prometido, con los deberes de caballero; pero la campaña que abrió el emperador en persona por la frontera de Flandes, en 1521 contra la Francia, á consecuencia de haber sido invadida la Navarra por Andrés de Foix, auxiliado por tropas francesas, la hizo perder toda esperanza, pues el duque recibió orden de abandonar precipitadamente la Italia para unirse al emperador, dejando en el último grado de desesperación á la desventurada hermosa.

Apenas el duque se unió al ejército del monarca, tuvo que concurrir al sitio y toma de Monzon, donde pagó su falsía recibiendo una grave herida en el pecho que le puso á las puertas de la Eternidad; pero el cielo que sin duda quería valerse de sus perversas inclinaciones para probar la constancia y la virtud de otros desgraciados, le conservó la vida por entonces; aunque tuvo que marcharse á España después de una larga y penosa cura, donde según opinión de los médicos tendría una pronta y segura convalecencia.

Elisa á quien llenó de indignación el villano proceder del duque, el cual desde su repentina salida de Italia no se había dignado escribirla una sola vez, y habían trascendido ya cuatro meses, contrajo una melancolía que poco á poco la fué consumiendo y la condujo por último á la tumba. Pero antes de exhalar el último suspiro, tuvo la suficiente resolución, á pesar de su estado de abatimiento, para asegurar la existencia y el porvenir de su adorado hijo. Para conseguirlo, se fugó de la casa paterna, y á los diez y ocho años de edad se puso en marcha para Flandes acompañada de un criado fiel y de su desgraciada hermosura.

## IV.

Después de infinitas penalidades sufridas por la hermosa abandonada, llegó por fin al término de su viaje y se presentó angustiada al emperador, á quien hizo relación de sus desgracias causadas por la falsía de uno de los primeros magnates de su corte.

El monarca la recibió con dulzura, la consoló y la dió esperanza de que mejoraría su situación, valiéndose de su poder para que el duque cumpliera con sus deberes de caballero; mas á pesar de tan lisonjera perspectiva, la infeliz Elisa no pudo sobrellevar tantas fatigas y padecimientos, y á los dos meses de estar luchando con una fiebre lenta y consuntiva, pasó á gozar del eterno descanso que espera á todos los que padecen en el páramo de la vida.

Dos días antes de morir escribió al emperador suplicándole no abandonase á su infeliz hijo, y le remitió los documentos que acreditaban su nacimiento y el pueblo y familia en cuyo poder se hallaba.

Así concluyó su carrera aquella desgraciada niña, digna por su inocencia y hermosura de una suerte mas placentera. Pero el cielo en sus incomprensibles arcanos, quiso que aquella tierna flor, apenas abrió su cáliz y embalsamó la atmósfera con sus perfumes aromáticos, hallase una mano tirana que la arrancase de su capullo y la marchitase con su aliento emponzoñado.

¡Hé aquí, poco mas ó menos, el fin de todas las jóvenes que dando oídos á las falaces y seductoras palabras de corruptos libertinos, pierden en la primavera de su vida la flor de la inocencia, que es la mas delicada de todas las flores!

Pero no creais, hijo mio, que quedan impunes los delitos de aquellos que abusan villanamente del candor de la hermosura. Su existencia al parecer bulliciosa y placentera, está rodeada de continuos escollos donde choca sin cesar su incontinencia, y concluyen la carrera de su vida acosados de dolores y remordimientos, pues el brazo de Dios nunca deja sin castigo á los malvados.

¡Dios os preserve, hijo mio, de entrar en esa carrera de licencia y de escándalo que tantas desgraciadas víctimas arrastra á la prostitución y á la muerte!



El emperador movido á compasion, hizo recoger al huérfano por medio de un ayuda de cámara de toda su confianza y lo mandó al castillo de Sigüenza, donde lo confió al cuidado de Hernan Manrique, su paje de armas, encargando á ambos el mayor sigilo, sobre todo para con el duque.

El ayuda de cámara murió al poco tiempo, y solo quedó depositario del secreto Hernan Manrique.

El emperador dispuso se diese al huérfano su nombre y el apellido del castillo donde vivió hasta la edad de catorce años.

El duque á pesar de su inmoralidad y corrupcion, trató de averiguar despues de su completo restablecimiento, la suerte que habia cabido á la infeliz que habia seducido y supo no sin algun sentimiento, que habia dejado de existir y que el fruto de su amor la habia sobrevivido solo algunos dias, pues así habia dispuesto el emperador circunlase el desenlace de aquella trágica escena.

Se consoló al parecer prontamente del sentimiento que le pudo causar aquella noticia, y á mayor abundamiento trató de disiparle enteramente por medio de una vida licenciosa, pues pasaba la mayor parte del tiempo en escandalosas orgías y revolcándose en los inmundos brazos de impuras mesalinas.

Pero á pesar de estos recursos escandalosos, que no le proporcionaban sino brutales y fugitivos deleites, no gozaba de la mayor tranquilidad en aquellos momentos en que nuestra alma se reconcentra en sí misma pidiéndose cuenta de sus acciones, y se sobresalta cuando un grito interior, el grito aterrador que exhalan nuestros corazones, y que materializándose denominamos con la palabra conciencia, y que es mas bien el instinto religioso que Dios ha colocado como una mínima parte de su divinidad dentro de nuestra miserable existencia; aquel grito, repito, le acusaba sin cesar y murmuraba continuamente en su oído las palabras... ¡Asesino!... ¡Infanticida!...

Todos los malvados, hijo mio, se aterraan y confunden cuando oren en su conciencia la voz de Dios, y por un temor supersticioso caen de la mas impía incredulidad, en la mas ridícula devocion, y creen que pueden seguir haciendo daño al género humano, con tal de que rindan algunas ofrendas ante las aras del Salvador: ofrendas que inflaman su cólera divina en lugar de aplacarla, pues lee la maldad escrita con letras de veneno en sus miserables corazones.

Hé aquí lo que sucedió al duque de San Roman:

Apenas le invadió el remordimiento, creyó compensar el daño que habia causado á sus semejantes con haber cedido algunas limosnas á los templos y á los pobres, y haber mandado edificar dentro de su palacio una capilla, de la que fué nombrado entonces capellan, á pesar de mis pocos años.

En esta época fué cuando el monarca de Occidente trató de dar al huérfano una educacion digna de su nacimiento, y habiendo notado mucha moderacion en la conducta de su favorito y su piedad edificante, creyó que á nadie podia confiárselo con mas seguridad que á él.

Por mas que he reflexionado antes y despues, no he podido adivinar por qué funesta fatalidad, si me es permitido expresarme así, no le dijo el emperador: «Señor duque, ahí os entrego el hijo que creéis muerto y que tan infamemente habeis abandonado. Educadle bajo una moral mas severa que la vuestra, y con vuestro ejemplo haced que pueda llevar algun dia con gloria el título de San Roman.»

Pero en lugar de hacer esto, se lo entregó diciéndole que era un huérfano á quien protegia, y le recomendaba que le tratase como á un hijo. Tomó la precaucion de poner á su lado á Hernan, para que si un azar repentino arrebatara la existencia al emperador, hubiese una persona que pudiese cambiar la suerte del huérfano y le hiciese conocer al mas desleal de todos los padres.

El duque tomó á su cargo la educacion del joven Carlos. Este tenia ideas generosas y caballerescas; su genio era violento y capaz de los mayores arrebatos y su imaginacion viva y ardiente.

En poco tiempo hizo admirables progresos en la equitacion, en la esgrima y en todos los demas ejercicios que en aquellos tiempos en que aun reinaba la razon y el talento en



El emperador de Austria.

la punta de la espada, formaban la brillante educacion de un caballero.

El duque á pesar de su egoismo, que no le permitia amar nada en el mundo, mas que aquello que sirviese para satisfacer sus caprichos, llegó á no mirar con indiferencia al joven huérfano, ya fuese por su gallardía y brillante disposicion, ó ya por cierta reminiscencia que encontraba en su semblante con un recuerdo que formaba un borron en una página de su historia.

¿Y cómo no hallar un rasgo en la fisonomía del huérfano que le trajese á la memoria recuerdos dolorosos de su vida licenciosa, cuando la naturaleza no ha desmentido nunca la especie y el origen de todos los seres de la creacion?

Sin embargo, á pesar de los recuerdos que le traía á la memoria aquel adolescente, jamás el amor paterno le hizo conocer ni aun sospechar que pudiese tener su misma sangre. Mas esto era disculpable en cierto modo, si se atiende al convencimiento en que estaba de que su hijo habia fallecido, pues no solo una vez, sino en varias ocasiones, habia enviado emisarios á Italia y otros puntos con objeto de hacer nuevas pesquisas acerca del fallecimiento de su hijo, á quien de buena gana hubiera dado su nombre; pero todos habian regresado con la confirmacion de la fatal catástrofe.

No dejaba de reflexionar algunas veces acerca de quienes serian los autores de la existencia del niño; pero en vista de la identidad de nombre con el del monarca, de haber sido elegido él, su mayor amigo para educarlo, y de las caricias que aquel le prodigaba siempre que lo veía, lo creyó fruto de algun devaneo de su juventud.

Muchas veces se lamentaba con Hernan de no tener una compañera que le hiciese mas llevadera su existencia cansada ya de placeres en la mitad de su carrera; pero temia contraer los sagrados lazos, pues creía que á su edad no le proporcionarían mas que disgustos.

El fiel criado, que adoraba al huérfano, pues no se habia separado de su lado desde la cuna, hubiera dado la mitad de su existencia por descubrir el secreto que tanto pesaba á su corazón y arrojar en los brazos del afligido duque á su llorado hijo; pero respetando la voluntad del monarca, de quien recibia diariamente señales de benevolencia y nuevos encargos de sigilo, ahogaba sus cariñosos deseos en lo mas recóndito de su pecho, y esperaba resignado el dia en que el emperador quisiese descubrir aquel arcano cuya tardanza le afligia tanto mas, cuanto que se iban desarrollando las pasiones del joven Carlos, pues habia principiado ya su carrera amorosa y llamaba la atencion de toda la corte por sus

trages magníficos, pues el duque le daba cuanto anhélaba. Pero hasta entonces, nadie habia adquirido ningun ascendiente sobre su indomable corazón, si se exceptúa Hernan Manrique, á quien prodigaba las mas tiernas demostraciones de cariño.

En esta época fué cuando se presentó en la corte Blanca de Sandoval, arrasando en pos de su hermosura lo mas florido de la nobleza de Castilla.

(Se continuará.)

## NAPOLEON

Y LA COMEDIA FRANCESA EN SANTA ELENA.

Las hermosas palabras de Tácito, al hablar de un Emperador romano:—«habria sido digno del imperio sino hubiese reinado jamás»,—aplicables á tantos monarcas, no podrian serlo á Napoleon, por que su grande alma compendia todo género de gloria y los abrazaba todos. Sus detractores—y Dios sabe cuántos tuvo!—intentaron esparcir que gustaba rebajar la brillante nombradía de Luis XIV.

Mas que un error, esto es una calumnia. Al enumerar las faltas políticas del gran rey, el Emperador rendia culto útil á la magnificencia, á los guerreros instintos del hijo de Luis XIII. Lo celebraba por haber engrandecido la Francia, proclamado sanos principios, eclipsado en su totalidad las cortes todas de Europa: por haber hecho á los extranjeros no tan solo tributarios de nuestro comercio é industria, sino porque les obligó á imitar nuestras costumbres, nuestras modas: sobre todo, porque alentó las ciencias, letras y artes, sin las cuales

un Estado como la Francia no podría vivir. Napoleon con el seguro tacto que le caracterizaba, aprendió las grandes cualidades de sus predecesores; sabiendo mejor que ninguno de ellos que el trono de la Francia, desde el momento en que no era tienda de soldado, debia ser santuario de las letras y de las artes.

Gracias á un admirable concurso de circunstancias, el sólo francés bajo el reinado harto corto de Napoleon, fué á la par una tienda de trofeos y un templo resplandeciente de tesoros donde fueron admitidos los poetas, los sabios, los artistas y aun los filósofos. En esta época de gloria fué cuando hubo—bien podemos decirlo,—mariscales de Francia para el pensamiento: estos como los del ejército imperial, compartian la gloria del Soberano, pues el manto de victoria de este, cubria igualmente al poeta que cantaba los triunfos de la patria como al artista que los aplaudia, ora en el lienzo, ora en el bronce. Cada uno, digámoslo así, trabajaba para conquistar la inmortalidad: unos sobre un campo de batalla, otros en el silencio de los talleres ó del gabinete; y todos, soldados de las armas como soldados del pensamiento, aspiraban á un fin, á una distincion; la gloria de la Francia, el honor de la patria. La tendencia del gobierno era la dominacion universal por medio del cañon y el genio: queria plantar su bandera sobre todas las brechas de los conocimientos humanos, así como el grande ejército habia plantado sus águilas sobre los muros de todas las capitales de la Europa.

El monarca que dijo:—«Si Corneille y Molière hubieran vivido en mi época, serian consejeros de Estado»,—este monarca, repetimos, ¿no era digno de mandar una nacion como la nuestra?—Cuéntase que Pedro el Grande al visitar á París en 1717, al ver el monumento fúnebre del cardenal de Richelieu en la Sorbonne, abrazó la estatua de mármol del ministro, exclamando:—¡Grande hombre! ¡si vivieras te daría la mitad de mi imperio, para aprender á gobernar la otra!—El regente Felipe de Orleans, á quien se hizo presente el propósito del ilustre viajero, dijo lanzando una carcajada:

—«¡Pobre moscovita!»—si hubiese dado la mitad de su imperio al cardenal, no hubiera conservado largo tiempo la otra.—El Czar, á cuyo oído llegó esa maliciosa reflexion, dicen se contentó con levantar los hombros exclamando: ¡Necio!—hablaba sin duda del Regente.

A pesar de todo, la admiracion de Pedro el Grande hacia el cardenal de Richelieu, rayaba en exageracion; pero Bonaparte al declarar que hubiera hecho de Corneille y Molière



re dos consejeros de Estado, tenía razón; y en el culto que tributaba á esos grandes talentos nada había que no fuese equitativo y sensato. En tal circunstancia, su conducta habría armonizado con la que observó constantemente, respecto á los primeros hombres de su tiempo. Mil ejemplos corroborarían nuestra opinión. Picard, hijo natural de Molière, se distingue por sus éxitos en el teatro: el Emperador le hace abandonar la escena (Picard era actor), lo nombra director del *Teatro de la Emperatriz*, provoca su entrada en el Instituto y lo condecora con la Estrella de honor. El venerable pintor Vien, restaurador de la escuela francesa y maestro de David, es promovido á la dignidad del Senado y de oficial de la Legión de honor. El mismo David que decía á Robespierre: «Si bebes cicuta la beberé contigo»—aludiendo á la muerte de Sócrates con quien modestamente comparaba á Robespierre, David fué hecho baron del imperio y comendador de la Legión de Honor por Napoleon que había sabido establecer una diferencia entre el antiguo tribuno y el grande artista. El químico Chaptal ascendió á ministro del Interior, conde del Imperio y grande oficial de aquella órden; Monge y Bertollet fueron creados condes y senadores: el elegante prosista Lebrun, príncipe revestido de las funciones de archi-tesorero del Imperio: el poeta Fontanes heredó el empleo de gran maestro de la Universidad, á la muerte de Fourcroy, este desgraciado émulo de Lavoisier: finalmente Talma, este grande actor, fué colmado de beneficios por Napoleon, quien muchas veces sintió vivamente no poder fijar en el pecho del Roscio de la Francia la estrella que había imaginado para todos los servicios dignos: para todas las ilustraciones. «Esta distinción (esclamaba el Emperador), perdería su mérito si fuera manchada por los bravos del circo.»—Sin embargo, como un talento de primer órden está siempre apto para ser honrado, Napoleon prometió la cruz á Talma desde el momento en que abandonara la escena: era la corona de los juegos olímpicos colocada al fin de la carrera.

En Santa Elena todo linaje de recuerdos se trazó en la memoria del grande hombre desterrado, y los del Teatro que principalmente había él aplaudido y hecho florecer, no fueron, no, los últimos. Ya cónsul, ya emperador, veíasele asistir á las magníficas representaciones del *Teatro de la República* y de la *Comedia francesa*, donde reunidos los talentos de Talma, Fleury, Saint-Prix, ambos Bautista, Michelot, d'Armand, de Firmin, de Michot, de Duchesnois, de Raucourt, de Mars, de Dupont etc., formaban un conjunto de artistas dignos de interpretar las obras maestras de nuestra escena. La memoria de noches tan llenas de entusiasmo y placer intelectual, hicieron mas de una vez vibrar las cuerdas del alma del cautivo de Santa Elena. Sus conversaciones relativas á esto, en Longwood, sembradas estaban de particularidades curiosas sobre los acontecimientos dramáticos de su ya estinguido reinado, y sobre los primeros artistas de la compañía ordinaria de S. M. Imperial. Notorio es que Napoleon antes de verse investido del poder soberano, vivió con Talma como en otro tiempo Sylla con Roscio. Los acontecimientos que relataba tenían indudablemente todo el carácter de la originalidad: y como Napoleon poseía un sistema invariable sobre el arte dramático acaecía que sus discursos á propósito de esto, revelaban toda la profundidad de un curso de alta literatura. ¡Quién con mas tino sabía enlazar los asuntos estériles á los mas encantadores recuerdos! ¡Quién con mas gracia exornar una espresion pintoresca ó sublime!... ¡las mas grandes como las mas vulgares ideas! Se ha dicho de Florian, capitán de dragones y autor de pastorales, entonces popularísimas, que tenía un cayado en la vaina de su espada: pudiera indicarse sobre Napoleon que la de su espada contenía el rayo de Júpiter y el buril de Minerva.

Reunía el Emperador á los conocimientos teóricos del arte teatral el de todos los poetas trágicos y cómicos de la antigüedad y de los modernos tiempos, que había *devorado* (tal era su espresion) en sus ocios mientras estaba de guarnición en Lafère, en d'Auxonne, cuando no era mas que simple teniente de artillería.—Sófocles, Esquilo y Aristófanes, le eran tan familiares como Shakespeare, Lope de Vega y Schiller; pero colocaba muy por cima de los autores trágicos y cómicos de la antigüedad y de las edades contemporáneas, los eminentes poetas de la escena francesa; Corneille, Racine y Molière, merecían toda su simpatía: dueños eran de todo su afecto; y no porque su seguro gusto y viva inteligencia entregaran á ciegas su juicio al entusiasmo solamente. ¡No! el Emperador sabía discernir entre las grandes bellezas y los grandes defectos; pero después de haber consagrado ancho espacio á la crítica de sus poetas favoritos; permaneciendo en el punto de vista de hombre de guerra, de Estado, filósofo y literato, confesaba que la escena francesa por sí sola podía ser considerada como la primera de todas. A su juicio, Corneille en la tragedia, y en lo cómico Molière, habían alcanzado los lí-



El castillo de Foix (Francia).

mites de lo posible; como los caballos del sol de quienes habla Homero, salvaban en cuatro saltos las estremidades del mundo. Ambos poetas se habían mostrado superiores á los antiguos y á los autores extranjeros. Era preciso retirar la escala después de los tres reyes de la escena: no era permitido ir mas allá: eran las columnas de Hércules del espíritu humano.

Partiendo de esto, descendiendo á los artistas que habían sido en la época de su poderío los intérpretes de nuestras obras maestras dramáticas, Napoleon examinaba los principales deteniéndose con agrado en Talma.

«Talma (esclamaba el Emperador), poseía todo lo que constituye al grande actor: figura, voz, inteligencia, sensibilidad: causado había una verdadera revolucion en la escena: en fuerza de estudio no le había sido difícil triunfar de los obstáculos que opone ordinariamente la rutina á los novadores. Inferior á Le Kain, bajo algunos conceptos, érale Talma superior por las ventajas físicas, por el minucioso cuidado en hacerse cargo de un papel bajo todas sus fases.» Añadía sonriendo S. M.—«Sin embargo, he dado á este grande actor dos lecciones, lejos de haberlas recibido de él como muchos han creído. ¿Por ventura tenía yo necesidad de aprender á ser rey? Supo Talma aprovecharse de ello, pues como todos los verdaderos artistas no descuidaba medio alguno para llegar á la perfección.—Referíanse las dos observaciones que le hice á dos papeles por quienes tenía una particular predilección: Neron en *Britannicus*, y Mahoma de *Voltaire*. En la bellísima escena del tercer acto entre Mahoma y Omar siguiendo Talma las tradiciones de Le Kain, tomaba el tono inspirado pareciendo convencido de cuanto decía.»

«¿No veis, ó mejor dicho no sentís (le manifestaba yo), que Mahoma no cree una palabra de todos los embolismos teológicos y políticos que espone con pomposa frase á un teniente que debe sucederle? Cambiad toda vuestra actitud en ese fragmento: figurad un rostro menos persuadido, toda vuestra escena ganará porque descansareis en la verdad.»

«Talma comprendió toda la justicia de mi observación (prosiguió S. M.) y representó conforme á ella. Su éxito fué completo, y me dió las gracias en términos muy apasionados. No era yo entonces mas que general... y no en activo servicio. En cuanto á la tragedia de *Britannicus*, era otra cosa: se trataba simplemente de la famosa entrada de Neron. Talma entraba en escena como Le Kain, es decir, el primero, andando á pasos contados como un obispo, seguido de sacerdotes y cortesanos, lo cual hacía que la aparición del personaje principal, ahogándose en esta turba de figuras no produjera efecto alguno. Un día, lo recuerdo muy bien, bajo mi Consulado, vino á verme Talma en Saint-Cloud: había personificado á Neron la víspera: Josefina, mi primera esposa, había asistido á la representación. Dije á Talma (pues por la mañana me habían hablado del éxito obtenido la víspera y de los bravos que le habían acogido en ese difícil papel), que le faltaba algo para el prestigio del poder imperial. Me preguntó, en qué pecaba: no quise decirselo entonces; pero le comprometí á que me viese al día siguiente, que era domingo: llegó al palacio de Tullerías y me esperó como otros muchos en la galería de Diana. Era costumbre mia, en el momento de atravesar este salón hacer abrir de par en par las puertas que preceden á esta pieza: al punto todos los oficiales de mi servicio militar pasaban por esta ancha salida, y adelantábanse unos veinte pasos: llegaba yo solo, seguido de una dorada pléyade y andando de prisa. Como lo supuse, entrada tan soberana, no escapó á Talma y sacó provecho de ella, porque días después, en una representación de *Britannicus*, entró á mi manera; y á juzgar por el inmenso efecto que produjo en el auditorio, percibí que acababa de realzar la dignidad

del personaje que interpretaría. Algunas semanas después, habiendo vuelto él á Saint-Cloud con el poeta Lemercier y el pensador Cabanis, me dijo Talma: «Os doy las gracias, general, por la lección indirecta que os dignásteis darme.»

«El público al aplaudirme no sospechaba quién era el ilustre maestro que me proporcionaba sus sufragios. Permitid los compartas con vos, ciudadano primer cónsul. Los laureles dramáticos no son indignos de unirse á los de la guerra; y si el gran Scipion trabajaba en las comedias de su amigo Terencio, Sylla no se mostró menos adicto á la gloria de su amigo Roscio. Ya lo veis, general, desde la época de la república romana hasta la de Federico de Prusia que sostuvo una compañía de actores franceses en Postdam, siempre los héroes han consagrado una pequeña parte de sus ocios á los intérpretes de Melpómene y de Talía. Nuestro arte tiene derecho para estar orgulloso de tal favor; y por mi parte, ciudadano primer cónsul, nunca como en la última representación he sentido cuanto hay de augusto y útil en las simpatías de un grande hombre.» Además de esto (continuó el Emperador), Talma no era indiscreto, y por otra parte era el mejor hombre del mundo.

Había revolucionado el traje y era esta la cosa mas útil y mas razonable que hubiera podido hacer un actor en tiempos en que *Orosman* aparecía con una especie de bata floreada, y *Manlius* con peluca de tres bucles y empolvada. Talma, fué, pues, novador y constantemente modesto; cualidad rarísima entre los señores artistas dramáticos en general, que tienen la vanidad del pavo.

El día (prosiguió Napoleon) en que le manifesté que le concedería la cruz de la Legión de Honor tan luego como cesara de pertenecer al teatro, me respondió con mucha agudeza: «Señor, de un modo contrario á lo que V. M. hace por sus soldados, quiere que yo abandone la bandera con la cual he adquirido alguna nombradía para llevar por ello la condecoración. Temo desgraciadamente espirar como el artista Baron: en escena, porque la escena es mi campo de batalla, y por esto jamás tendré el honor de disfrutar la magnífica recompensa que V. M. se digna prometerme; no importa, Señor, puesto que V. M. me cree digno de tal distinción, eso me basta.»

Este pequeño discurso de Talma pronunciado sin énfasis me agradó sobremanera (añadió S. M.) y estuve á punto de decirle: «A pesar de todo, llevad la condecoración. Pero reflexioné al punto en todos los absurdos propósitos que esta recompensa justísima en el fondo podía originar, y me abstuve. Hice tal vez mal, porque en suma, Talma era un grande artista, y esta infracción en los estatutos de la órden, no habría sido un inconveniente enfadoso para lo futuro.»

(Finalizará.)

## LA ESTÁTUA DE DOÑA INES.

### I.

Acabo de leer en una revista ilustrada francesa una pequeña novelita titulada: «El hombre del cerebro de oro.» El protagonista es un jóven que ha nacido con la parte superior de la cabeza de oro y que para cubrir las necesidades de su familia y satisfacer los instintos de lujo de su mujer se arranca pedazos del cráneo. El autor de este capricho concluye diciendo que el poeta, el literato, el escritor, en una palabra, es una especie de hombre de cerebro de oro, pues tiene que poner en tortura su cerebro para que produzca esa panacea universal llamada oro.

Así es en efecto. El que tiene por oficio escribir se vé con frecuencia en el caso de esforzarse, de comprimir su inteligencia para que dé de sí, ya un artículo, ya un drama, ya una leyenda. Por eso y con objeto de tener ideas de re-puesto, y por decirlo así un arsenal á que acudir cuando la ocasión se presenta, va por todas partes escuchando, observando, queriendo adivinar lo que no ve ni oye.

Y esto me conduce por la mano á la historia que voy á contaros: pues precisamente esa observación ayudada por la casualidad es la que me ha hecho entreverla y adivinarla.

### II.

Si dijera que solamente me conduce todas las noches á la pastelería suiza el deseo de observar, faltaría en cierto modo á la verdad. Y digo en cierto modo, porque no faltaría á ella por completo. Llévame allí, es cierto, ese deseo, pero llévame también y con mas fuerza, ¿por qué no he de confesarlo? unos azules ojos de pudorosa y húmeda mirada.



Pero veo que me llamais á la cuestion y con motivo. Voy, pues, todas las noches á la pastelería suiza y suelo sentarme á una mesa solo casi siempre, porque conozco á muy pocos de los que allí concurren.

Mas adentro, bien lo sabeis, se halla el salon de señoras y estas tienen que atravesar el primero á su entrada y á su salida. Esto es una conveniencia para los novios que no lo son aun oficialmente, es decir, *con bula del señor padre*. En el primer salon pueden sentarse y esperar cómodamente y hasta refrescando la salida de sus bellas.

La frecuencia con que veía en aquel sitio á un joven, siempre solo como yo, el haber estado algunas veces en la misma mesa que él, llamaron por fin mi atencion y concluyeron por escitar mi curiosidad. Olfateé una novela en aquel joven y como buen perro de caza me puse á seguir la pista.

Esto hizo que me hallase distraído una vez á la salida de los ojos azules de que he hablado; así es que permanecí en la pastelería, lo que me valió un sermón y un cuarto de hora de monos. Pero ¡es tan dulce luego el reconciliarse!

## III.

Y en verdad que bien merecía llamar la atencion el joven que solía sentarse en la misma mesa que yo.

No era uno de esos tipos de convencion que suelen designarse con un nombre genérico, ya el de pollo, ya el de elegante, ya el de buen mozo: tipos semejantes, porque se visten con el mismo sastre, se peinan con el mismo peluquero, se cubren y calzan en las mismas fábricas. No.

Era pálido, de ojos azules, cabello castaño, facciones irregulares, de regular estatura, delgado, con la barba entera aunque corta. No vestía el pantalón y chaleco blancos, ni la levita de oscura alpaca, que ordena la moda vigente. Su traje era de color oscuro y de sencillez estremada. Su mirada tenía una tristeza indecible y había en sus maneras, en todo él, un desaliento un abatimiento extraños. Por su figura distinguida, es cierto, aunque no bella, habreis visto que no era un héroe de novela; pero los verdaderos héroes de novela no son como las novelas suelen retratarlos. Lo que llamó mi atencion fué precisamente su profunda tristeza y quise adivinar su causa.

Una noche, un anciano que salía del salon de señoras con una niña de pocos años, saludó al joven por su nombre. Eso me proporcionó saber que se llamaba Enrique.

## IV.

Hallábame observándole una noche cuando ví que su mirada salía por un momento de su postracion habitual para animarse solo un instante. Despues le ví ponerse horriblemente pálido, casi lívido. Seguí la direccion de su mirada y ví una bella joven que sin duda al verle sonreía irónicamente. Comprendí el tormento del pobre joven. Pocos momentos despues se levantó y salió y eso que acababa precisamente de llegar.

La joven cuya burlona sonrisa tal impresion habia causado en Enrique, era alta, de talle esbelto, ligeramente morena, de magníficos ojos azabachados, velados á veces por unas pestañas las mas largas que he visto y que materialmente proyectaban sobre ellos su sombra: sus labios no muy pronunciados ni subidos de color, tenían un pliegue á la vez de voluptuosidad y de ironía.

Llevaba un vestido blanco con adornos de cintas violetas, pues se hallaba de medio luto. Un *fichú* negro, no sé si se llamará así, pues confieso francamente mi ignorancia en cosas de trages femeninos, dejaba entrever su garganta y bien modelados hombros. La mayor belleza de aquella joven, además de sus ojos, era lo airoso de su porte y la magestad con que andaba. No era, en fin, una de esas muchas pollitas preciosas, pero insustanciales: era una muger capaz de sentir un amor verdadero, desdeñosa y altiva, humillando el orgullo de sus adoradores, y que á su vez se humillaría, pero solo al que amara.

Yo la conocía de vista. También debeis conocerla. Por eso os diré tan solo, que se llama Teresa. Aun así es fácil que adivineis su apellido por las señas que os he dado.

## V.

No era posible que Enrique dejase de ver la insistencia con que yo le observaba. Noté que en un principio esto le contrariaba. Y no era de extrañar. Hay siempre en el amor verdadero, sobre todo cuando es desgraciado, un pudor instintivo, un modesto deseo de silencio y oscuridad: es como la sensitiva, que al menor contacto se repliega en sí misma, ó como la violeta que se oculta á las miradas. Pero luego, sin duda, al ver que mi observacion tenía algo de afectuoso, algo de fraternal, el exámen de que por mi parte era objeto, pareció ya no disgustarle.

La frecuencia de vernos en la misma mesa, hizo que empezáramos por saludarnos, y que mas tarde algunas palabras, breves é insignificantes se cambiasen entre nosotros.

Esto era poco; pero ya era algo. El hielo se habia roto por fin.

Despues, además de la conversacion ostensible y espresa, manteniamos otra tácitamente. Así cuando llegaba y me encontraba ya en la pastelería, al darme las buenas noches, sus ojos parecían decirme:

—¿Ha venido?

Y una ligera inclinacion de cabeza ó un imperceptible signo negativo eran mi contestacion.

Porque él sabia perfectamente que habia adivinado su secreto. ¿Y cómo no adivinarlo, cuando el dolor que le martirizaba y que él sufría con santa resignacion, se retra-

taba claramente á pesar suyo en su fisonomía y en su abatimiento?

## VI.

Teresa continuaba yendo todas las noches al salon de señoras. Y á su paso por el en que nos hallábamos Enrique y yo, siempre la misma sonrisa burlona é irónica asomaba á sus labios. A esa sonrisa solo oponia Enrique una mirada suplicante ó otra sonrisa triste y resignada.

Y esto sucedía todas las noches.

Pero observando detenidamente á la joven y analizando aquella sonrisa, me convencí de que no era odio, ni antipatía, ni desdén lo que encerraba. Creí encontrar en ella mezclado con la burla algo de deseo de venganza.

Y quise resolver aquel problema, despejar aquella incógnita, descifrar aquel logogrifo. Pero tan claro como desde luego habia leído en el corazón de Enrique, tan imposible me fué en un principio ver ni un rayo de luz en el de Teresa. Un amigo mio ha dicho:

El alma de la muger es un abismo insondable, un libro, cuya escritura ninguno descifrar sabe, un enigma complicado de adivinar nada fácil.

Así es que todas mis observaciones y mi atencion sostenida se estrellaron contra la fria indiferencia que la joven aparentaba, y no podia explicarme aquella sonrisa extraña en que, al lado de una cruel ironía y á la vez que un vengativo encono, adivinaba algo de afecto, tal vez ocultas, pero aun no apagadas cenizas de un amor aun no por completo estinguido.

## VII.

Hay ocasiones en que lo mismo que estamos acostumbrados á experimentar nos causa honda sensacion; momentos en que, para servirme de una frase vulgar, pero expresiva, se nos puede ahogar con un hilo. Es la predisposicion en que se encuentra nuestro espíritu, tal vez la irritacion de nuestro sistema nervioso.

Una noche Enrique debía encontrarse en semejante caso, pues cuando le ví aparecer noté en él mas tristeza aun que lo ordinario: su decaimiento moral llegaba entonces hasta una sorda desesperacion.

Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, y no fijaba la atencion en el sorbete que hacia algunos minutos le habia traído Mayer. Mayer, bien lo sabeis, es el mozo que sirve en la pastelería.

De pronto, el ruido de un vestido de muger, y acaso ese extraño fluido que nos hace estremecernos y suele llamarse presentimiento, le hizo levantar dolorosamente la cabeza.

Teresa entraba con su mismo vestido claro con cintas violadas, pero mas bella que nunca. Su rostro tenía esos resplandores brillantes del triunfo y de la vanidad femenina satisfecha.

La mirada que lanzó al pobre Enrique fué tan altiva y dominante, llena de tan supremo insulto, y su sonrisa fué tan irónica y sarcástica, que aparté mi vista de Teresa para fijarla en el joven. Hallábase poseído de una mortal angustia, y los esfuerzos que hacia por ocultarla le hacían padecer mas aun.

—Salgamos un momento, le dije.

Y efectivamente salimos de la pastelería. Bajamos la calle de Alcalá, atravesamos el salon del Prado, y ponetramos en la umbría alameda del Dos de Mayo. No habia en ella un alma.

Miré á Enrique. Lloraba silenciosamente. Solo de vez en cuando un sollozo comprimido se escapaba de su pecho. Aquel llanto debía hacerle mucho bien, y bien pronto logró serenar su espíritu.

—Volvamos á la pastelería, me dijo.

—No, le contesté con dulce autoridad. ¿Quiere V. que se goce en ver sus ojos encarnados de llorar y sus megillas sulcadas por las lágrimas? Mas vale que de lejos la vea V. subir á su coche, si es que tal necesidad tiene de volverla á ver y de renovar su tormento.

Así lo hicimos. Notamos que á la salida de la pastelería Teresa volvía la cabeza como extrañando no ver á Enrique.

—Me busca, exclamó este con dolorosa alegría.

—Es verdad, dije. Necesita gozarse en el dolor de su víctima.

—No la acuse V., me dijo. Si V. supiera...

Y un suspiro terminó su frase.

## VIII.

En los días siguientes Enrique no fué á la pastelería.

Teresa al pasar miraba hácia la mesa en que solía vernos, y á la salida sus ojos parecían preguntarme con interés por mi amigo.

Creí que al fin Enrique habia encontrado un resto de valor y que por un extraordinario esfuerzo de voluntad dejaba de ir á verla. Creí también que estaría en los alrededores, acechando sin ser visto, la entrada y la salida de la joven.

Pero á los tres días una carta suya vino á aclararme la verdad. Enrique estaba enfermo; por eso no iba al Suizo. Me rogaba fuese á verle un momento: la carta no decía para qué, tal vez porque era inútil. Bien sabia yo que era para hablar de ella.

Fuí á verle. Vivía en una modesta casa de huéspedes. Pero su buen gusto habia sabido dar á su habitacion cierto aire de sencilla elegancia.

Al verme entrar me tendió su mano demacrada y casi diáfana.

La calentura habia hecho en él terribles estragos en dos días.

Hablamos largamente. Ahora me seria imposible decir de qué. De ella no se trataba, pero ella estaba en todo lo que decíamos. Al fin su nombre fué pronunciado, creo que por mí, y le conté cuanto pasaba desde su ausencia.

—Ya lo sabia, me dijo: pero necesitaba tener seguridad de ello.

Conversamos aun otros momentos sobre cosas indiferentes.

—¿Sabe V. que marchó de Madrid en cuanto esté bueno? me dijo al ver que me levantaba para irme.

—¿Adónde piensa V. ir?

—El deber me manda á América. Mi padre está muy desmejorado y quiere que pase á su lado los pocos días que le quedan de vida.

—Hará V. bien en marchar. Su voluntad debe ser sagrada para V.

—No puede V. figurarse lo que me cuesta el dejar á Madrid.

—Tal vez lo sienta V. mucho, pero creo que también hará á V. mucho bien el ausentarse.

—¿Piensa V. que todo lo cura el olvido? Hay dolores que no sabe, que no puede curar.

## IX.

Volví á ver á Enrique otras dos ó tres veces.

La calentura que le consumía no quería dejarle.

Una noche le ví de pronto entrar en la pastelería. Apenas podia sostenerse: su rostro se hallaba con el ardor de la fiebre: sus ojos parecían ir á saltar.

—¿Qué locura! le dije. ¿Por qué se ha levantado V? ¿Por qué venir aquí?

Dejóse caer en un banquillo y murmuró:

—Era preciso. Otra carta de Puerto-Príncipe me anuncia que el estado de mi padre se agrava por momentos. Tengo que ponerme en camino mañana para llegar antes de la salida del vapor. ¿Había de irme sin verla?

Momentos despues entró Teresa. Su mirada se fijó en Enrique pero no con la intencion de siempre, tenía en sí algo de afectuosa y compasiva. Su sonrisa burlona parecía mas bien una contraccion de sus labios. A la salida sus ojos se fijaron en el joven como queriendo preguntarle la causa de su ausencia, y al verle en aquel estado calenturiento, y pudiendo apenas tenerse, sus ojos se humedecieron.

—Pero esa muger le ama á Vd. Enrique, no pude menos de decir.

—Es cierto y hace ya mucho tiempo, me contestó.

## X.

Al día siguiente salió Enrique de Madrid. Me prometió escribirme.

Pasaron algunas noches y Teresa parecia llena de agitacion al no ver al pobre joven en el Suizo. Al cabo una noche no pudiendo resistir su deseo de tener noticias de Enrique, al pasar á mi lado me preguntó en voz apenas perceptible:

—¿Está peor?

—No, contesté del mismo modo. Ha marchado á América.

Teresa se puso pálida como la cera, pero venciendo su emocion atravesó con paso firme la pastelería.

## XI.

Pasó un mes.

La joven seguía concurriendo á la pastelería Suiza, pero ya pasaba fria é indiferente sin fijar una mirada en el sitio en que solía sentarse el pobre Enrique, sin preguntarme por él ni aun con los ojos. Atravesaba con la indiferencia de una estatua el salon de caballeros, escitando á su paso un murmullo de admiracion que tal vez no sonaba en su oído. Pero cada vez la veía mas pálida. Sin duda sufría.

El no tener carta de Enrique me ponía en cuidado. ¿Qué habia sucedido? El estado en que se hallaba á su partida no podia augurarme nada bueno.

En esta incertidumbre pasó otro mes. Y no llegaba carta alguna. Y la aparente frialdad de Teresa aumentaba, y aumentaba también su palidez y crecía mi cuidado por la suerte del pobre Enrique.

(Se concluirá).

## CHILDE-WATERS.

## BALADA INGLESA.

Childe-Waters estaba en la caballeriza acariciando á su corcel blanco como la leche. Hácia él avanza una señorita tan hermosa como cualquiera otra que haya vestido trage de muger.

—Cristo os dé la salvacion, buen Childe-Waters, dice la joven, Cristo os dé la salvacion. ¡Ved! mi cinturón de oro que era demasiado largo, es ahora demasiado corto para mí. Esto consiste en que siento el peso de un hijo vuestro en mis entrañas. Mi vestido verde es demasiado angosto; antes era demasiado ancho.

—Si el hijo es mio, hermosa Elena, dice el joven, si es mio como lo aseguraís, tomad para vos los estados de



Cheshire y Lancashire; tomadlos para que sean posesion vuestra. Si el hijo es mío, hermosa Elena, repite el joven, si es mío como lo jurais, tomad para vos los estados de Cheshire y Lancashire, y haced que ese niño sea heredero vuestro.

Elena replica:

—Mas quiero, Childe-Waters, un beso de tus labios, que la posesion de Cheshire y Lancashire que están al Norte y al Sur. Mas quiero una mirada de tus ojos, Childe-Waters, que tener esos estados juntos y poderlos llamar posesion mia.

—Mañana, Elena, debo partir á caballo lejos de la comarca del Norte; preciso será, Elena, que la joven mas hermosa que encuentre se venga conmigo.

—Aunque no soy esa hermosa joven, déjame ir contigo; te lo ruego, Childe-Waters, déjame ser tu paje de á pié.

—Si quereis ser mi paje de á pié como lo decís, Elena, teneis que cortar vuestro vestido verde una pulgada sobre la rodilla. Otro tanto hareis con vuestros rubios cabellos, cortándolos una pulgada sobre los ojos. A nadie direis mi nombre, y con esas condiciones podreis ser mi paje.

Durante todo el largo día que Childe-Waters marchó cabalgando, la joven corrió con los pies desnudos á su lado; ni una sola vez tuvo el caballero bastante cortesía para decirle: «Elena, ¿quereis cabalgar?»

—Marchad mas poco á poco, Childe-Waters, ¡por qué andais tan aprisa! El niño que á ningún hombre pertenece sino á tí, vá á despedazar mis entrañas.

—¿Ves, Elena, ese río que baja enteramente desbordado? —Espero en Dios, Childe-Waters, que no consentireis que lo pase á nado.

Mas cuando llegaron á la orilla, la joven se metió hasta los hombros.

—Apíadese de mi el Señor del cielo; no tengo mas remedio que aprender á nadar.

Las aguas saladas ahuecaron sus vestidos; nuestra joven tuvo que sumergirse hasta el seno.

Childe-Waters era un hombre de maldicion.

¡Buen Dios! ¡Obligar á la hermosa Elena á nadar!

Al llegar á la otra orilla la joven fué corriendo á ponerse á su lado. El la dijo:

—Ven aquí, hermosa Elena, ¿ves allá abajo lo que yo veo? No ves un palacio, Elena, cuya puerta brilla con los dorados? De las veinticuatro hermosas jóvenes que hay en aquel palacio, la mas hermosa es mi compañera.

—Ahora veo el palacio, Childe-Waters; su puerta brilla con los dorados. Díos os dé buen conocimiento de vos mismo y de vuestra digna compañera.

Allí habia efectivamente veinticuatro hermosas señoritas que estaban divirtiéndose y bailando. Elena, que era la mas hermosa de todas, llevó el caballo á la cuadra.

Y entonces habló la hermana de Childe-Waters.

He aquí las palabras que dijo:

—Teneis, hermano mío, el pajecillo mas hermoso que he visto en mi vida. ¡Pero su cuerpo abulta tanto! ¡Su talle es tan alto! Childe-Waters, os ruego que le deis acostarse en mi aposento.

—No está bien que un pajecillo que acaba de atravesar pantanos y de meterse en el barro, se acueste en el aposento de una señorita que lleva tan ricos adornos. Mas le valdrá al pajecillo que acaba de atravesar pantanos y de meterse en el barro, cenar sobre sus rodillas delante del fuego de la cocina.

Acabada la cena, cada cual tomó el camino del lecho. Childe-Waters dijo:

—Ven acá mi pajecillo, y atiende bien á lo que te voy á decir. Baja á la ciudad y ponte de acecho en la calle; tráeme la muger mas hermosa que veas; obligala á que venga á pasar la noche á mi lado. Tráela en tus brazos á fin de que no se manche los pies.

Elena bajó á la ciudad; se puso de acecho en la calle; detuvo á la muger mas hermosa que vió; la cogió en sus brazos para que no se manchara los pies, y la obligó á que viniera á pasar la noche al lado de Childe-Waters.

Ruegos, buen Childe-Waters, que me deis acostar á vuestros pies, pues en esta casa no hay sitio donde yo pueda intentar dormir.

Concedida esta peticion, la hermosa Elena se acostó á los pies de la cama; la noche pasó presurosa; cuando empezaba á rayar el día, Childe-Waters dijo:

—Arriba, pajecillo, vete á dar de comer heno y trigo á mi caballo; dale buena avena negra, á fin de que tenga mas brios para llevarme.

Levantóse en seguida la hermosa Elena, y dió heno y trigo al caballo; dióle tambien buena avena negra á fin de que tuviera mas brio para llevar á Childe-Waters.

Apoyó Elena su espalda contra el borde del pesebre, y gimio dolorosamente; apoyó su espalda contra el borde del pesebre, y en esa actitud principió á lamentarse.

Su lamento llegó al oído de la querida madre de Childe-Waters. La madre oyó aquel doloroso gemido y dijo:

—¡Levántate Childe-Waters! baja á la caballeriza. En la caballeriza hay un espectro que gime dolorosamente, ó bien una muger que está de parto; ahora principia á sentir los dolores.

Childe-Waters se levantó prontamente; púsose su camisa de seda, y cubrió con los demás vestidos su cuerpo mas blanco que la leche.

Al llegar á la puerta de la caballeriza, se detuvo para oír como se lamentaba la hermosa Elena. La joven decia:

—Hijo mío, querido Lullabye, hijo mío querido, ¡ojalá que tu padre fuese rey, y tu madre estuviera encerrada en un féretro.

—¡Animo, ánimo, mi buena y querida Elena! dijo Childe-Waters. ¡Animo! El día que te restablezcas del parto, será el día de nuestras bodas.

## LAS HADAS Y SUS HECHIZOS.

CUENTOS ALEMANES POR HANS CHRISTIAN ANDERSEN.

CUENTO OCTAVO, DIVIDIDO EN VARIAS HISTORIAS.

### LA REINA DE LA NIEVE.

HISTORIA SEXTA.

#### LA LAPLANDESA Y LA FINLANDESA.

Gerda y el reñífero se detuvieron enfrente de una casucha, de pobrisimo aspecto, cuyo techo extraordinariamente inclinado en rápido declive llegaba casi hasta el suelo, y cuya puerta era tan baja, que para entrar ó salir por ella era preciso agacharse y andar á gatas. No habia nadie en la casa en aquel momento, fuera de una vieja laplandesa, que estaba friendo pescado al calor de una lampara de aceite. Contóle el reñífero la historia de Gerda, no sin dejar de contarle primero la suya, que él creia todavía de mayor interés é importancia. Entretanto la tierna Gerda hallábase ya tan aterida por el rigor del hielo, que no podia hablar palabra.

—¡Pobrecillos!—esclamó la laplandesa.—Pues todavía os falta que sufrir: teneis que andar aun no poco camino. Como cien millas os faltan para llegar á tierra de Finlandia, en donde pasa la Reina de la Nieve todo el verano, quemando luces de bengala todas las noches. Pero yo voy á escribir á una finlandesa amiga mia unas pocas líneas en un pellejo de bacalao seco, que papel no lo hay por acá, y se las llevareis. Ella podrá encaminaros mejor que yo.

Cuando Gerda se hubo calentado, y hubo comido y bebido lo bastante para cobrar fuerzas, la vieja laplandesa escribió como habia dicho algunas palabras, y se las entregó á Gerda, encargándola mucho que no las perdiese. Volvió á atarla sobre el reñífero, y este comenzó otra vez á correr como mejor pudo, camino de Finlandia.

Zumbaba el aire ligero y sutil, y durante toda la noche iluminó la atmósfera la mas linda aurora boreal que haya brillado jamás en aquellas latitudes. Antes de que rayase el alba se encontraron ya en la Finlandia, y muy presto llegaron á la casa de la finlandesa á quien buscaban. Llamaron á la chimenea, pues puerta no la habia, y la finlandesa les hizo entrar por el agujero mismo por donde salia el humo de su hogar.

Dentro de la casa hacia un calor insoportable, de modo que la dueña andaba poco menos que desnuda; y no era por cierto de muy agradable aspecto, pues era vieja, enjuta de carnes y desproporcionadamente chica de estatura. Aligeró á Gerda de sus vestidos, y le quitó las botas de pieles y los mitones, para que el calor no la sofocase; puso sobre la cabeza del reñífero un gran pedazo de hielo, y luego leyó lo que venia escrito en el bacalao. Releyólo despues, y volviólo á leer, dos, tres y cuatro veces, hasta que lo supo ya de memoria, y echó entonces el bacalao en una especie de sartén, para freirlo; pues vió que estaba todavía de buen comer, y no era muger de desperdiciar lo que pudiese ser de algun provecho.

El reñífero contó tambien su historia y despues la de Gerda. La finlandesa escuchaba con suma atencion: nada decia; pero abria y cerraba los párpados, y los ojos le relumbraban como dos centellas. Cuando el reñífero hubo llegado al fin de su relacion, la terminó con estas palabras.

—Ya que sois tan sabia y poderosa, que alcanzais atar todos los vientos del mundo con un solo hilo; de tal modo que si un marinero suelta un nudo sopla brisa fresca, y si suelta dos arrecia el viento, y si tres ó cuatro, se levanta un furioso huracan capaz de arrasar las selvas mas antiguas y pobladas ¿porqué no podreis dar á esta niñita alguna bebida que le comunique la fuerza de diez hombres, á fin de que venza á la Reina de la Nieve?

—¡La fuerza de diez hombres!—dijo la vieja,—esto seria muy útil, en verdad!

Entonces fué á buscar en una alacena carcomida que allí tenia, un pergamino enrollado; lo abrió, y comenzó á leer en los extraños geroglíficos y palabrotas mágicas que contenia. Y leia con tanto afán y con tal atencion, que muy pronto le cayeron de la frente gruesas gotas de sudor.

El reñífero volvió á suplicarle que se compadeciese de aquella pobre niña, y tanto dijo, y tanto rogó, y con tantas lágrimas acompañó su súplica, que al cabo la vieja no pudo contener mas tiempo las suyas, y llevándose al reñífero aparte á un rincon del cuarto, le murmuró algunas palabras al oído, mientras le iba poniendo otro pedazo de hielo sobre la cabeza. Entre otras cosas le dijo:

—El muchacho Kay, está muy tranquilo en el palacio de la Reina de la Nieve; y encuentra allí todo en tanta abundancia y tan á medida de su gusto, que se imagina que no puede haber en todo el orbe una morada mas apetecible. Pero esto dimana de que tiene un fragmento de vidrio en un ojo y otro en el corazón. Si no se le quitan jamás volverá á ser persona humana, ni saldrá del poder y dominio de la Reina de la Nieve.

—¿Pero no podeis darle á Gerda algun talisman que la revista de una virtud superior á todo aquel influjo?

—Ninguno le puedo dar mas poderoso que el que ya posee. ¿No ves como se prestan á su servicio todos los hombres y todos los animales, y cómo ha podido recorrer tantos países con los pies desnudos? Ningun talisman podemos darle; pues lo tiene ya en su corazón y consiste en su bondad y en su inocencia. Si ella por sí misma no alcanza á llegar hasta la Reina de la Nieve, y á arrancar á su compañero Kay los pedazos de espejo, nada podemos nosotros hacer por ella.—Los jardines de la reina principian á solas

dos millas de distancia de esta casa. Allí puedes llevar á la muchacha y dejarla sentada junto al grande arbusto que cargado de frutas se alza sobre la nieve. No pierdas tiempo en charlar inútilmente; date prisa; haz lo que te digo y vuelve pronto.

La vieja finlandesa volvió á montar á Gerda sobre el reñífero, el cual echó á correr á toda prisa.

—¡Oh! He dejado olvidadas las botas y los mitones;—exclamó Gerda tan pronto como volvió á sentirse expuesta al crudo rigor de aquellos hielos; pero no se atrevió á hacer parar al reñífero, que siguió corriendo, y muy pronto llegó hasta el arbusto de frutas encarnadas. Allí dejó sentada á Gerda: la besó y volvió á besar; y despues de haber llorado mucho, el bueno del animal se despidió de ella y se alejó. Allí quedaba Gerda sin zapatos en medio de los yertos y letales hielos de Finlandia.

Decidióse á adelantarse andando tan de prisa, como se lo permitian las nieves por donde pisaba á pié descalzo, cuando de repente se encontró frente á frente de todo un regimiento de blancos copos, los cuales, sin embargo, no caian de las nubes, pues el cielo estaba sereno é iluminado por una brillantísima aurora boreal, sino que se adelantaban por el camino, é iban creciendo, y creciendo mas y mas en tamaño á medida que se le acercaban. Se acordó entonces Gerda de cuán grandes y vistosamente matizados se le aparecian los copos de nieve cuando ella los contemplaba al través de un cristal ahumado. Pero en este momento eran mucho mas temibles; pues los veia de mayor tamaño y estaban vivientes. Eran los soldados de la guardia de la Reina, y tenian diversas formas á cual mas caprichosas. Unos parecian erizos de horrible aspecto; otros se asemejaban á un grupo de serpientes enredadas entre sí con las cabezas defuera; otros eran como osos, pero con el pelo erizado; mas todos se veian de un blanco relumbron, y eran copos vivientes y animados.

Gerda, asustada, comenzó á rezar la oracion dominical, y el frio era al mismo tiempo tan escesivo, que podia ella ver muy bien el vapor que su aliento despedia al rezar las palabras. Estas nubes de aliento fueron creciendo, y tomando mayor cuerpo, y se convirtieron en ángeles, todos con sus capacetes, su coraza y su escudo, apenas llegaban á tocar el suelo. Llevaban en la mano lanzas aceradas, y su número fué aumentándose tanto y tan rápidamente, que cuando Gerda terminó la oracion, ya se vió rodeada de una legion de ellos; la cual comenzó á embestir á la hueste de copos hasta destruirla completamente. Ni uno quedó en pié. Entonces Gerda pudo continuar alegre su camino; pero como tenia aun mucho frio, los ángeles la frotaron las manos y los pies, y la fueron guiando hácia el castillo de la Reina de la Nieve.

Ahora hemos de ver lo que estaba haciendo el muchacho Kay; aunque á la verdad poco pensaba en la pobre Gerda, ni mucho menos suponía que esta pudiese hallarse tan cerca del castillo á aquellas horas.

### HISTORIA SEPTIMA Y ULTIMA.

DEL CASTILLO DE LA REINA DE LA NIEVE, Y DE LO QUE EN ÉL PASÓ.

Las murallas del castillo eran de nieve amontonada, y las puertas y ventanas de helados vientos. Habia en él mas de cien cuartos, tales como la nieve lo habia formado al agruparse; el mayor de ellos tenia muchas millas de largo. Todos estaban alumbrados por la vívida aurora boreal, y eran tan grandes! ¡tan vacíos! ¡tan resplandecientes! No se celebran allí festividades; ni siquiera de vez en cuando algun bailecito para osos pequeños, que hubieran podido danzar en dos pies al son armonioso de las tempestades; ni partida alguna de caza para los caracoles; ni tertulia alguna para los zorros. Aquellos salones estaban siempre vacíos. La aurora boreal brillaba tan clara al través de todo el castillo, que bien se podia calcular cuando se hallaba en el punto mas alto ó en el mas bajo de los cielos. En medio de aquel hueco é interminable edificio de nieve habia un lago helado, y cortado en mil y mil pedazos, cada uno de ellos tan parecido á los demás que juntos formaban la mas completa y primorosa obra de arte. Y en el centro de aquel lago sentábase la Reina de la Nieve cuando vivia en su castillo, y decia entonces que estaba sentada sobre el espejo de la razon, que es el mejor y el único del mundo.

El muchacho Kay estaba azul, por no decir ya negro, del rigor del frio; mas no lo echaba de ver, pues se habian apagado en él las sensaciones de frio desde que tenia el corazón convertido en hielo. Entreteniase en arreglar unos carámbanos de variadas figuras; pues se proponia hacer con ellos algo que tuviese un significado. Mas nunca llegaba á conseguir su objeto. Se parecia lo que estaba haciendo al juego de cuadrados ó triángulos que solemos llamar «laberinto chino.» No dejaba Kay de hacer con sus carámbanos algunas figuras que presentaban una bonita forma; pero nunca daba con la que él apetecia. A sus ojos eran doblemente hermosas, pues las contemplaba á través del fragmento de espejo que en uno de ellos tenia. Algunas veces llegaba á escribir palabras enteras, pero por mas que hacia, nunca alcanzaba á formar la palabra «Eternidad». Y la Reina de la Nieve le habia dicho:

—Si puedes llegar á escribirla, serás entonces dueño de tí mismo, y te dará todo el mundo, y además unos patines nuevos. Ahora voy á ir á las tierras del fuego, quiero ver las ollas negras.

Quería significar con esto los volcanes del Etna y del Vesubio. Las blanquearé un poco; deseo hacerlas bien, y ser útil á los limones y á las uvas.

Y la Reina se fué volando y Kay se quedó solo en el gran castillo de nieve, y se pasaba allí las horas enteras.



combinando pedazos de hielo en busca de la palabra apetecida, pensando y pensando, hasta que casi se le derretían los sesos, y permanecía tan fijo é inmóvil delante de los carámbanos, que no parecía sino que estaba helado como ellos.

En aquel punto llegó Gerda á la puerta principal del castillo. Soplaban los vientos con furia, pero Gerda rezó la oración de la tarde y los vientos se sosegaron, como si se hubiesen quedado dormidos. Entró Gerda por aquellas vastas y heladas salas, donde nadie habitaba, y en el fondo de ellas descubrió á Kay. Conoció al punto, corrió hacia él y le abrazó, exclamando.

—¡Kay! ¡Mi querido Kay! ¡Al fin te he podido encontrar.

Pero Kay permanecía inmóvil, tieso y helado. Gerda comenzó entonces á derramar ardientes lágrimas, que caían sobre el pecho de Kay, y una de ellas le penetró hasta el corazón y derritió su hielo, y lavó y arrojó de él al mismo tiempo el fragmento de espejo que tanto daño había causado.

Kay dirigió entonces sus miradas á Gerda, la cual estaba cantando:

Nace la rosa y ¡ay! en mustio duelo  
Muere de repente!  
Pero el niño Jesus allá en el cielo  
Vive eternamente.

El pobre Kay no pudo resistir por mas tiempo, y se puso á llorar de tan buena gana, que salió de los ojos entre sus lágrimas el otro pedazo de espejo. Al punto conoció á Gerda, y exclamó gozoso:

—¡Gerda, ¡ah! Gerda! ¿Dónde has estado durante tan largo tiempo, y dónde he estado yo? Pero ¡qué frío hace aquí! ¡y cuán desiertas é inmensas son estas salas!

Kay se reclinó en los brazos de Gerda, la cual del gozo reía y lloraba á la vez; y la escena era tan tierna, que se conmovieron á su vista los pedazos de hielo, y comenzaron á saltar de pura alegría, hasta que cansados se echaron otra vez sobre el suelo, y por sí mismos se colocaron de tal modo, que juntos formaban la palabra «Eternidad», que era la que la Reina de la Nieve había dicho que Kay había de encontrar, y que entonces sería libre y le daría todo el mundo y además unos patines nuevos.

Gerda le besó entonces las mejillas, que se coloraron: le besó los ojos; le besó las manos y los pies, que quedaron sanos y llenos de vida y de agilidad. Bien podía ya volver al castillo la Reina de la Nieve, si así se le antojaba; pues allí estaba escrito en letras de hielo el diploma de su libertad.

Y se cogieron uno á otro de la mano y salieron del castillo, é iban hablando de la abuelita y de las rosas del terrado; y por donde quiera que pasaban, el viento soplabla suave y ligero y brillaba luciente el sol; y cuando llegaron al arbusto de las frutas coloradas encontraron allí el rengífero, que les estaba esperando con otra rengífera mas jóven, cuya ubre estaba cargada de leche caliente, la cual dió á beber á los niños, y luego les besó la boca. Los dos animales les llevaron hasta la casa de la finlandesa, en donde se calentaron bien en su cuarto caliente, y recibieron instrucciones para lo demás de su gran jornada; y luego hasta la casa de la laplandesa, que les tenía preparados vestidos nuevos y un hermoso trineo.

El rengífero y la rengífera fueron acompañándoles hasta las fronteras de la tierra en que vieron los primeros retoños de verdes árboles y plantas. Allí la laplandesa y los rengíferos se despidieron de los jóvenes viajeros, y éstos, diciéndoles adios, continuaron su camino. Y ya se oía gorgear á los pájaros, y las selvas estaban cuajadas de retoños, y de una de ellas salió de pronto un hermoso caballo (al cual Gerda conoció por uno de los que tiraban su coche de oro) y montada en él una muchacha, con gorro encarnado y pistolas en la cintura. Era la ladronzuela, que cansada de estarse en casa había resuelto salir á viajar por los climas del Norte y despues á alguna otra parte del globo. Ella y Gerda se conocieron al punto, y se alegraron de haberse encontrado.

—Buena pieza, eres tú el buen compañero, que se huyó peregrinando á tan lejanas tierras;—dijo á Kay la ladronzuela—á fé mia, que no sé si mereces la pena de que se den tanto trabajo por ir en busca tuya!

Pero Gerda acarició las mejillas de la ladronzuela, y le pidió noticias del príncipe y la princesa.

—Están viajando por tierras extranjeras.

—¿Y qué ha sido del cuervo?

—¡El pobre murió! Su tierna enamorada ha quedado viuda, y lleva atado al muslo izquierdo un pedacito de hilo negro. Lloro y solloza, que dá compasión... pero todo eso no es sino farsa. Pronto habrá quien la consuele. Pero, dime cómo te manejas para recobrar á Kay?

Este y Gerda la contaron todo lo que había ocurrido.

—La aventura es interesante; ¡y la buena de la Reina, que se ha quedado tocando tabletas, se ha llevado su merecido! ¡Enhorabuena! Proseguid vuestro viaje y sed felices, y jamás paseis por estos lugares sin entrar á hacerme una visita.

Les dió un fuerte apretón de manos; picó su caballo, y echóse á andar por el ancho mundo.

Kay y Gerda siguieron su camino, cogidos ambos de la



La Virgen y el Niño.

mano, y cuanto mas caminaban, mas bella y lozana se les aparecía la naciente primavera. Abriábase las flores; animábase la verdura de las plantas y de los campos. Al cabo de muchos dias oyeron de lejos el sonido de unas campanas: muy pronto vieron la torre de una iglesia, y debajo de ella, á poco rato, divisaron de lejos las casas del pueblo en donde ambos habían nacido. Apenas hubieron entrado en él, se dieron prisa en llegar á casa de su abuelita. Subieron las escaleras y penetraron en su cuarto, en donde todo estaba como ellos lo habían dejado. El reloj estaba todavía andando y señalaba la hora; las sillas, la chimenea, los muebles todos estaban como antes: nada se había alterado durante su ausencia; pero al asomarse á la ventana conocieron que ambos habían crecido de estatura; las rosas del terrado estaban llenas de pimpollos, y sus ramas llegaban casi hasta dentro del aposento. Encontraron también las dos sillas, en que solían sentarse en su infancia, y en ellas se sentaron otra vez, cogidos de la mano uno de otro, deleitándose en los recuerdos que les despertaba esta renovada escena, mientras que iban desvaneciéndose de su memoria los de la Reina de la Nieve y de los trabajos y aventuras que habían pasado, como se desvanecen las ilusiones de un penoso ensueño.

La abuelita estaba junto á ellos, sentada en un sillón, contemplándoles con el corazón lleno de júbilo, y leía aquel pasaje de la Escritura que dice: «Si no os habeis pequeños como los niños, no entrareis en el reino de los cielos.»

Y Kay y Gerda se miraban uno á otro con ternura, y ahora comprendían el significado de aquel himno antiguo:

¡Nace la rosa y ¡ay! en mustio duelo  
Muere de repente!  
¡Pero el niño Jesus allá en el cielo  
Vive eternamente!

Y allí estaban sentados los dos, ya crecidos; pero todavía niños; porque niño era todavía su corazón. Y era ya verano, verano lleno de vida y de esplendor.

#### VARIEDADES.

##### COSTUMBRES ANTIGUAS ESPAÑOLAS.

##### PRESTADO VOS LO DOY...

En algunos puntos de España cuando los parientes ó amigos ofrecían á los novios el día de sus bodas los regalos que en semejantes casos suelen hacerseles, lo verificaban pronunciando ciertas palabras solemnes y significativas.

El que presentaba el regalo decía: *tomad: prestado vos lo doy*; y el novio admitiéndolo contestaba: *aquí estoy pagando*, es decir para pagarlo.

Esta costumbre y esta fórmula, que no se halla aun del todo desterrada en algunos puntos de España, se llama en ciertas aldeas la *redoma*, ó como si digéramos la *devolución*; derivado del verbo latino *reddere*, devolver, porque una tradición constante é invariable supone de una manera muy filosófica, que aquellos regalos no son mas que una es-

pecie de depósito, que al recibirlos se compromete ya el que los recibe á devolverlos á ellos mismos, ó á sus hijos ó parientes cuando á su vez se casen.

#### TENER ESPLIN.

Lo mismo que estar de mal humor, hallarse dominado de hipocondría, que á veces inspira aborrecimiento á todas las cosas y hasta á la misma vida.

El nombre Esplin le hemos tomado de la lengua inglesa *Spleen*, derivado de una palabra griega que significa *bazo*, parte del cuerpo humano que está en el hipocondrio izquierdo, en cuya víscera segun una opinion dominante entre los antiguos, residía la alegría, y su alteracion debía producir las pasiones tristes.

El nombre Esplin, *Spleen* en inglés y en francés, se aplica particularmente á la melancolía que resulta de un disgusto de la vida, sin motivo suficiente para conducirle á la desesperacion.

D. Juan Maria Mauri, en una nota á su poema *La agresion británica* dice:

«Se atribuye á las nieblas de Inglaterra, la frondosidad del pais, y la brillantez comun del color de sus naturales.»

«Asimismo la especie de enfermedad tétrica de que adolecen, vulgarmente llamada *Splin*, *Spleen*.»

#### PREDICAR EN DESIERTO.

Es inútil dirigir la palabra y tratar de convencer al que no quiere escuchar nuestras razones, ó no está en disposicion de comprenderlas.

Por esto el refran completo dice: *predicar en desierto sermon perdido*.

La misma idea espresan los otros refranes: *No hay peor sordo que el que no quiere oír*, y *Machacar en hierro frio*.

La espresion proverbial *predicar en desierto*, es tomada del *vox clamantis in deserto*, del profeta Isaias, cap. XL, vers. 3, reproducida y glosada luego por cada uno de los cuatro evangelistas.

Los romanos tenían dos refranes que espresaban la idea de *predicar en desierto*. El uno era el *surdus canere*, cantar ó hablar á un sordo; y el otro *athiopem lavare*, lavar á un etiope ó negro, que fuera á la verdad trabajar bien inútilmente.

Barcelona.

V. JOAQUIN BASTÚS.

#### EPÍGRAMA.

Al cuarto mes de enviudar  
volvió á casarse María,  
y una amiga la decía:  
—Te lo van á criticar.  
—Sí harán, se presta el asunto,  
mas solo por miedo lo hago,  
que en cuanto la luz apago  
se me aparece el difunto.

J. GARCIA DE LA FOZ.

#### ADVERTENCIA.

Con el número anterior, hemos repartido á nuestros suscritores dos lindas láminas correspondientes á las leyendas históricas de don Francisco Javier Simonet, tituladas *Meriem*, *Medina-Azzahra* y *Cámar*, que en edicion aparte estamos distribuyendo por pliegos á nuestros abonados y que quedará terminada brevemente.

Estas láminas equivalen al regalo mensual que venimos haciendo desde la aparicion del periódico.

La primera parte de las leyendas de costumbres árabes, titulada *Almanzor*, se halla de venta al precio de 18 reales, en el establecimiento litográfico de don Juan José Martinez, calle del Arco de Santa Maria, número 7, y en todos los demás puntos de suscripcion al *Mundo Pintoresco*.

Por todo lo no firmado,  
R. DE MENDOZA.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTINEZ.

MADRID.—1860.

Imprenta y litografia de D. Juan José Martinez,  
calle del Arco de Santa Maria, núm. 7.